

EL ESTIGMA DE LOS NO LECTORES: PRÁCTICAS LECTORAS EN LA UNIVERSIDAD

María Emilia González*
Rosaura Hernández Monroy*

A la conquista de la palabra articulada, siguió la imperiosa necesidad de fijarla materialmente, pues con ello se podía prescindir de la presencia real del hablante, a la vez que asegurar la perduración del mensaje y su consecuente disponibilidad. El dibujo fue así la primera manifestación de la escritura. Dibujos arcaicos que eran figuraciones concretas y que andando el tiempo irían a esquematizarse, a quedar reducidos a unas escasas líneas esenciales que constituyeron los primeros signos abstractos. Así el dibujo fue la primera manifestación de la escritura, suceso cultural que para muchos es el primer signo de la hominización.

Posteriormente el hombre logró un nivel superior de abstracción, creó signos través de los cuales abstraigo su entorno: las letras. De esta manera el texto escrito se concibió no sólo como un medio de comunicación, sino como un medio de representación del mundo. Este medio escrito permitió al hombre desarrollar un aspecto reflexivo del conocimiento, el cual al ser

compartido y negociado permitió acrecentar su sentido por sí mismo. Por otro lado, en un nivel funcional, al escribir y ser leído por alguien, propició establecer relaciones interpersonales, con otro que no estaba presente.

Hoy, diaria e inexorablemente, el hombre, sepa o no leer, se halla sometido a una copiosa exposición de mensajes escritos. Letras incorporadas a la pintura o a las imágenes del cine y la televisión, magnificadas en los anuncios espectaculares, o diminutas y vistosas en monogramas ornamentales, la letra es el elemento básico de la escritura, su átomo radical. Al deletrear una palabra alfabética se utilizan las operaciones mentales de linealidad, secuencia, abstracción y análisis; son las mismas operaciones que sustentan las funciones más representativas del hemisferio izquierdo: el lenguaje, la lógica, la causalidad y el cálculo matemático. Visto así, los beneficios de la escritura alfabética son evidentes, la adquisición de la lectura y la escritura son unas herramientas tan valiosas en la cultura mundial, que prácticamente todos los gobiernos quieren que sus ciudadanos las posean.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

Sin embargo, esta idea de alfabetizar al mayor número de ciudadanos es muy moderna, recordemos que hasta hace muy pocos siglos la gran mayoría de personas eran analfabetas. Más aún, en algunos países europeos y americanos, este privilegio estaba circunscrito a una clase social: la que detentaba el poder, no sólo político, sino también el religioso; esto explica la persecución de todos aquellos que se atrevían a leer libros prohibidos por la Santa Inquisición; así la lectura era una práctica totalmente desalentada.

Actualmente la lectura se ha convertido en una actividad prestigiada. En muchas estadísticas se ha vuelto el parámetro con el que se mide el avance civilizatorio de las naciones. Hoy se enfatiza la importancia de la lectura de libros como un factor fundamental para el crecimiento económico, político, social y cultural de las personas y de las naciones; además se visualiza el desarrollo de un país por el número y la calidad de sus lectores, así como la infraestructura que sostiene a la lectura y la escritura.

Esto explica porqué los gobiernos lanzan campañas para alfabetizar a la población, en México concretamente, se ha iniciado un programa de fomento de la lectura y el libro, llamado Hacia un país de lectores, impulsado por CONACULTA. Este programa encara el problema de que los niveles de lectura en nuestro país son muy inferiores a los que demanda el desarrollo actual, ya que ocupamos el penúltimo lugar en hábitos de lectura, con un promedio de 2.8 libros al año, por persona.

En este artículo deseamos realizar un análisis de cuál ha sido el imaginario que se ha gestado alrededor de la lectura y cómo se lleva a cabo ésta en un ámbito restringido como es la universidad. Sabemos que el sistema educativo, así como la familia es un

ámbito donde se manifiesta la ideología del Estado, por tanto nosotras como docentes nos vemos obligadas a actuar en un mundo social que está lleno de contradicciones y luchas, en el que día a día debemos tomar decisiones acerca del mejor rumbo de acción en el salón de clases. De este modo, al mismo tiempo actuamos de acuerdo con las coacciones sociales del mundo y, sobre de ellas de un modo u otro, ya sea para cambiarlas o reforzarlas. Así la decisión de dejar leer tal o cual libro a los alumnos está permeada muchas veces por la intención de que los alumnos realicen reflexiones críticas sobre las estructuras de autoridad y poder, o simplemente conozcan otras realidades a través de las cuales puedan entender su propio entorno.

Partimos de la tesis de que los estudiantes universitarios sí leen, pero no los textos que están prestigiados como de alta cultura. Por lo tanto, sus referentes son las revistas de moda, las publicaciones periódicas dirigidas a adolescentes, la información que circula en Internet; por ello cuando se enfrentan a lecturas complejas de autores como Rousseau, Marx, Hobbes, se sienten poco interesados, ya que no manejan la suficiente información para contextualizarlos y comprenderlos; es más se sienten perdidos en un bosque de ideas que hacen poco eco en su bagaje cultural.

En una primera parte analizaremos qué es la semiótica y cómo a través de ella captamos el significado de nuestro entorno e interactuamos con él, después haremos una reflexión sobre lo que se entiende por lectura y cuál ha sido su historia, así como los diferentes tipos de lectura que se pueden realizar. Por último, fundamentaremos por qué afirmamos que los estudiantes universitarios sí leen, aunque no sea lo que marca el concepto de canon y la ambivalencia de

los juicios que se vierten sobre la actividad lectora.

EL MUNDO COMO TEXTO

La semiótica (del griego *semeion*-signo) es el estudio y la toma de conciencia de los signos y de las relaciones que pasan desapercibidas en los procesos de la comunicación y significación en las que estamos inmersos. La semiótica no trata de buscar la verdadera interpretación de un texto, ya que ésta varía según los marcos de referencia del receptor, sino que intenta poner de manifiesto lo implícito, trata de explicar cuestiones como la de saber qué hace posible la significación que manifiestan textos, imágenes y conductas en una determinada situación.

Charles Sanders Peirce, uno de los fundadores de la semiótica, señala que la problemática fundamental de ésta, es la de las relaciones entre la producción del sentido, la construcción de lo real y el funcionamiento de la sociedad.¹ Visto así, la lectura semiótica consiste, fundamentalmente, en un conjunto de prácticas que instituyen una identidad común, compartida por los sujetos de la mediación simbólica que intervienen en el proceso. Planteado de esta manera, para muchos esta disciplina les parecerá ajena; sin embargo, en realidad, la mayoría somos hábiles decodificadores de la semiótica y constituye una de nuestras actividades rutinarias. Si hay dudas en aceptar esto, reflexionemos:

Vivimos inmersos en un mundo de lenguajes que nos desafían, nos demandan su

decodificación, nos exigen su lectura. Así, la lectura es algo que nos envuelve cotidianamente. Decenas de miles de años de experiencia y una estrecha relación con la naturaleza y sus fenómenos, nos han habilitado para esa lectura del mundo. Hoy como hace milenios, el levantar la cara al cielo y poder predecir que lloverá, evidencia nuestros conocimientos en semiótica. Podemos leer varios lenguajes: los sentimientos, las emociones, el arte, la ciencia, los gestos, la música, por nombrar algunos. Las palabras son hermosas, fascinantes e importantes, pero las hemos sobreestimado en exceso, ya que no representan la totalidad, ni siquiera la mitad del mensaje. En la comunicación generalmente hacemos una decodificación de todo aquello no verbal, cuya lectura en muchas ocasiones nos informa más, incluso llegamos a las palabras, cuando nos ha fallado todo lo demás.

La expresión en los rostros y la manera de llevar nuestro cuerpo no solamente tienen el sello de nuestra cultura, sino que transmiten nuestra propia personalidad. El mensaje que se transmite por el aspecto personal, es fácilmente captado por nuestros congéneres. Se realizará una diferente lectura de los aspirantes a un puesto de trabajo, desde la forma en que entran al lugar donde serán entrevistados, su atuendo personal, su forma de presentarse. En otra situación, un emotivo discurso político, pronunciado por un hombre de mirada apagada, voz muy baja y de posición corporal descuidada, no resultará convincente.

El comportamiento ocular es tal vez la forma más sutil del lenguaje corporal. La cultura nos programa desde pequeños, enseñándonos qué hacer con nuestros ojos y qué esperar de los demás. Aún cuando el contacto visual sea efímero, la suma del tiempo dedicado a mirar al otro, transmite cier-

¹ Eliseo Verón *La semiosis social*, Gedisa, Buenos Aires, 1987. p. 120.

ta información. Durante el cotidiano intercambio de palabras, mientras la gente presta atención a lo que dice, los movimientos de los ojos proporcionan un sistema de señales que indican al interlocutor su turno para hablar. La mayoría de las personas se enfrentan con el problema de no saber hacia dónde mirar, cuando comparten con otras un espacio pequeño, como el elevador o la sala de espera del médico.

Vivimos inmersos en un mundo de lenguajes que nos desafían, nos demandan su decodificación, nos exigen su lectura. Así, la lectura es algo que nos envuelve cotidianamente. Con todo lo anterior podemos inferir que usualmente estamos atentos al lenguaje oral de nuestros interlocutores, pero a otro nivel estamos decodificando un metalenguaje, que en ocasiones es más veraz que todo lo que escuchamos. Esto explica ciertas respuestas que damos a alguna situación y que racionalmente no podemos explicar y simplemente decimos: "me latió", de fondo realmente se realizó una decodificación semiótica de muchos signos y se respondió en consecuencia.

Dentro de este amplio espectro que abarca la semiótica, uno de los niveles de decodificación de signos que nos interesa analizar es la lectura de textos, proceso en donde sí podemos observar una intencionalidad consciente. Este proceso ha tenido una evolución histórica, la cual revisaremos en el siguiente apartado.

LAS DIFERENTES LECTURAS

Afirmar que todos leemos de manera parecida es un atrevimiento, sobre todo si nos atenemos a la definición amplia de lectura que hemos manejado al inicio de este artículo. Ciertamente, el acto de leer no signi-

fica lo mismo para todos, ni por supuesto ha sido realizado siempre de la misma manera. Según los entendidos, la práctica de la lectura ha transitado por diversas facetas que van desde la lectura oralizada a la lectura en silencio, pasando en momentos por la lectura vocalizada en silencio o murmurada, según la ocasión y no siempre en el mismo orden. Por otro lado se habla de una lectura intensiva en contraposición con una extensiva. La lectura placentera de la obligatoria. Pero, ¿qué es lo que determina que se realice de una manera o de otra esta lectura, qué es lo que tienen en común o qué las diferencia?, son las preguntas a las que se tratará de responder este apartado.

Según Cavallo y Chartier,² hay tres revoluciones por las que ha transitado la lectura: entre los siglos XII y XIII, se pasa de la lectura oralizada a la lectura en silencio; en la segunda mitad del siglo XVIII se pasa de la lectura intensiva a la extensiva y actualmente la electrónica está redefiniendo la manera de leer. Esta diversidad de prácticas está correlacionada con el soporte material de lo escrito, su naturaleza y el contexto social en el que se desarrolla. En este apartado se hará mayor énfasis en la relación entre el soporte material del texto y la forma de la lectura, ya que "...conviene tener en cuenta que las formas producen sentido y que un texto está revestido de un significado y un estatuto inéditos cuando cambian los soportes que le proponen a la lectura"³

² Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (comps.) *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 1998, pp. 43-44.

³ *Ibid*, p. 13.

Por ejemplo, los textos labrados en tablas de arcilla con una cuña de piedra, cuyos signos llamamos cuneiformes, tuvieron –como otros textos posteriores en papiro o en pieles de animales– una intención primaria: fijar el discurso para conservarlo (escritura) y en un segundo momento traerlo a la memoria (lectura). Es decir, hay una clara diferenciación entre el que escribe y el que lee. El “cuneiformista” quien grababa una serie de signos en una tablilla de barro, en la piedra, en metal o en objetos ornamentales, realizaba este trabajo a petición de los que detentaban el poder y, por lo tanto, era una profesión prestigiada que requería de una gran preparación. Por otro lado se encontraba el intérprete, el lector, que oralmente daba a conocer la información que este poder requería.

En todas las civilizaciones antiguas se le otorgaba un papel sagrado al que escribía y por consiguiente al que leía –no sólo porque muy pocos sabían hacerlo, también porque se consideraba una labor para iniciados– de tal manera que al que leía e interpretaba los textos se le confería una especial sacralidad. De hecho, según los egipcios, la escritura fue dada a los hombres por el dios Tot, quien es también el patrón de los escribas.

El tránsito de la piedra al papiro no sólo refleja un desarrollo material de los soportes escritos, sino el paso de una escritura utilitaria a otra más expresiva. La variedad de géneros asentados en los papiros es muestra de una práctica más amplia –aunque todavía rudimentaria– de la lectura. Sin embargo, predomina aun la separación entre escribas y lectores-intérpretes.

Aunado al desarrollo del libro, los alfabetos y la escritura corren caminos paralelos, buscando instrumentos cada vez más adecuados y sofisticados con la finalidad

de asegurar, por un lado, una expresión escrita cada vez más precisa –y por ende con menos cabida a la interpretación más o menos arbitraria– y por el otro, un receptáculo en donde la fijación de los textos y la conservación de los mismos fuera lo más eficiente posible.

La escritura se pone al servicio de la cultura oral sobre todo en la Grecia clásica, es decir la producción de textos tiene como finalidad el discurso hablado. Los filósofos de la antigüedad, entre ellos Platón, nunca escriben su obra pues piensan que “... todo logos, una vez escrito, circula por doquier tanto entre quienes lo entienden como entre quienes nada tienen que hacer, y no sabe a quien debe hablar y a quien no”.⁴ La clásica frase: *scripta manent, verba volant*, que para nosotros significa: lo escrito permanece, las palabras se las lleva el viento, antiguamente significaba lo contrario: se acuñó en alabanza a la palabra dicha en voz alta que tiene alas y que puede volar, comparándola con la palabra silenciosa sobre la página, inmóvil, muerta.⁵

Hasta bien entrada la Alta Edad Media –dice Iván Illich– la lectura era descrita como una actividad oral, en la que el lector recorría las líneas como las veredas de un huerto, tomando y saboreando las palabras, digiriéndolas: por ello se recomendaba al lector rumiar durante la noche el manjar ingerido en el libro durante el día.⁶ Lo que reflejan estas líneas es la práctica común de la lectura en voz alta, ya sea murmurada o para que los demás la apreciaran.

⁴ *Ibid*, p. 24.

⁵ Manguel, Alberto *Una historia de la lectura*. Norma, Bogotá, 1999, p. 68.

⁶ Citado por Javier Sicilia en “La crisis de la universidad”, *Proceso*, s/n, 2001, p.

Dado que la mayoría de las personas no sabían leer, eran frecuentes las lecturas públicas, y el lector era más apreciado cuanto más habilidad tenía para interpretar el texto. La total ausencia de puntuación, mayúsculas, separación de palabras o cualquier otro indicador que sirviera en la lectura –tal como ahora lo tenemos– le daba a éste un cierto estatus que lo convertía en el que desentrañaba el sentido. “Lo que existía era un arreglo de líneas cantantes, es decir una serie de anotaciones retóricas, casi musicales que indicaban dónde subir, bajar o interrumpir la voz”.⁷

De tal manera que el aspecto de la página, tal como lo conocemos hoy, no existía. Se atribuye a Veda el Venerable (entre 1130 y 1120 d.C.) la separación de palabras, que se hizo de manera gradual. Siguiéron a ésta, otras innovaciones tales como: poner los títulos, los subtítulos se subrayaron y agrandaron, la puntuación sustituyó a las anotaciones retóricas, se realizaron las interlíneas y una pequeña luna o estrella (que derivaron en el asterisco) permitió las notas, se crearon los párrafos, se numeraron los capítulos, aparecieron los índices alfabéticos, y los glosarios.

Esta mutación técnica que se realizó mayormente en los scriptorium de los monasterios, dio lugar a la posibilidad de leer y estudiar autónomamente un texto, sin la ayuda de un lector, además de mejorar la precisión y por ende disminuir la posibilidad de la interpretación, lo que propició el cambio de lo oral a lo óptico, dando lugar a la lectura silenciosa, íntima, sin restricciones, una lectura que no requiere más que de un texto y un lector. En un principio, la lectura silenciosa era practicada únicamente en los

monasterios, pero se fue extendiendo a la universidad y las escuelas y después al mundo laico. Así, estas maneras de leer coexisten hasta nuestros días: la lectura en voz alta para los demás o con otros, llamada socializada, y la lectura en silencio, para uno mismo.

Por otro lado, la innovación tecnológica que significó la invención de la imprenta, aun cuando no cambia radicalmente el aspecto de los libros –pues estos copian fundamentalmente las características de los manuscritos– sí revoluciona la posibilidad de aumentar el número de los lectores y de convertir, por tanto, esta actividad en un hecho más democrático. Además el acceso a los libros por parte de los lectores y la reducción del tamaño del libro modifica la relación con éste; por un lado, se pueden realizar dos actividades: lectura y escritura al mismo tiempo y además se le puede llevar a cualquier parte, pasando a ser una gran compañía.

La segunda revolución de la lectura de la que habla Chartier⁸ es la lectura intensiva contra la extensiva. El lector intensivo se enfrenta a un corpus limitado y cerrado de libros leídos y releídos, memorizados y recitados, escuchados y aprendidos de memoria, transmitidos de generación en generación; por ejemplo, La Biblia, El Libro de horas. En contraposición con el lector extensivo, voraz, que consume diversos y múltiples impresos.

Desde otro punto de vista, la misma página escrita, puede ser leída desde principio a fin o fraccionada, es decir, la lectura no implica la totalidad del texto, puede leerse por secciones particulares. A una lectu-

⁷ *Idem.*

⁸ Guglielmo Caballo
op. cit., p. 56.

Chartier (comps).

ra total concentrada, repetitiva de pocos textos se contraponen la práctica de la lectura a "trozos".

Si bien, estas formas de lectura tampoco se contraponen, puesto que los lectores intensivos convivían con los extensivos; estas prácticas sugieren tal vez una relación estrecha con lo económico, pues a pesar de ser relativamente baratos, los libros no estuvieron, ni están, al alcance de las grandes mayorías; es entonces que se realizan prácticas intensivas, no sólo de un lector que reiteradamente lee el mismo libro; sino un libro leído por muchos lectores.

Hasta ahora sólo se ha hablado de los impresos pero la lectura abarca, como ya se ha mencionado, muchos otros textos: los anuncios espectaculares, los graffiti, los textos impresos en productos comerciales, los textos de las películas, los anuncios, folletos, boletines, entre otros muchos. Lo cierto es que vivimos inmersos en un mundo letrado en donde conviven prácticas rígidas, profesionales y organizadas con las libres, independientes y no organizadas.

En nuestros días, la transmisión electrónica de textos y las prácticas lectoras que surgen de ésta representan la tercera revolución de la lectura; puesto que leer en la pantalla no es lo mismo que leer un libro. A pesar de que se conserva el sentido de la página y todos sus atributos (título, pies de página, paginación, autor...) se lee de otra manera, se comparten dos lógicas distintas, la del libro al pasar las hojas y la de la computadora al desplegar el texto verticalmente. Si pensamos, por otro lado, en las restricciones impuestas al lector en lo que se refiere al texto impreso, tales como la dificultad para hacerlo suyo, para anotar sólo en un espacio restringido; éstas no se presentan en el texto en la computadora, donde el lector sí puede manipular el tex-

to. También la escritura supone con esta nueva tecnología una mayor facilidad, pues se puede redactar un texto, y después corregirlo, borrar errores, cambiar párrafos, modificar estructura, copiarlo y además enviarlo a distancia, lo que antes era prácticamente impensable.

En resumen, las prácticas de la lectura no son únicas ni unidireccionales, conviven y crean nichos de lectores distintos. No hay que olvidar tampoco que hoy la lectura tradicional compite con la imagen y que las normas y códigos, ya no están dados solamente por lo textual. Finalmente, al transformarse el soporte material de lo escrito, se transforman de nueva cuenta las prácticas de la lectura, pero estas nuevas prácticas ¿cuáles son?

LA LECTURA EN LA UNIVERSIDAD

Nuestra curiosidad por descubrir el por qué, tabula rasa, se dice que los alumnos no leen, nos ha llevado a realizar una revisión bibliográfica del estado actual en el cual se encuentra la investigación sobre la lectura. Con gran sorpresa nos encontramos que realmente no existen en México estudios sistemáticos que aborden el problema de la lectura. Nos lamentamos enormemente como país de por qué nuestra juventud no lee, pero no se ha iniciado ningún programa formal para desentrañar las causas de este desinterés. Esto explica por qué la mayoría de las fuentes que citaremos son de origen francés (aún cuando hay algunos estudios en Estados Unidos, España, Colombia, Argentina e Inglaterra), Francia es un país donde además de preocuparse de elevar sus niveles de lectura, existen trabajos académicos que estudian el problema.

En primer lugar, nos interesa definir lo que entendemos actualmente, por lectura y las tareas que involucra. La lectura es una actividad intelectual que implica una operación compleja en la que interviene un conjunto de procesos cognitivos, que conducen al lector a atribuir significado a un texto escrito. Estos procesos cognitivos van de la percepción visual de las letras a la obtención de un significado global del texto.

En la lectura intervienen e interactúan dos tipos de información: la visual y la no visual. La información visual refiere a los signos que podemos ver en la página escrita y gracias a nuestra saber alfabético podemos decodificar; la información no visual es la que apela a nuestro conocimiento sobre el lenguaje (gramática, sintaxis) y sobre el mundo (referentes culturales). Con la conjunción de estos saberes podemos darle sentido a lo escrito.

La actividad lectora obliga a la persona a tener un papel activo, ya que si sólo pasa los ojos por las páginas impresas no podemos decir que lee; así que la lectura obliga a poner atención a la tarea, formular una serie de hipótesis a partir del título o encabezado del texto, ir seleccionando conocimientos que se relacionen con el contenido, hacer la interpretación de las ideas que se van leyendo, ir formulando cuestionamientos y encontrando respuestas a las dudas que nos vayan surgiendo.

La escuela y la institución académica actúan como los principales agentes que determinan el valor de cambio del capital cultural en el mercado académico. Según Bourdieu el capital cultural⁹ se obtiene

⁹ Según Bourdieu, un campo de interacción puede conceptualizarse de manera sincrónica como espacio de posiciones y diacrónicamente como un conjunto de trayectorias. Los individuos particula-

mediante el dominio de los códigos que se consideran necesarios para la apropiación de la obra; este capital cultural incluye el conocimiento, las habilidades y los diversos créditos educativos. Este dominio se otorga a unos cuantos en instituciones de educación superior especialmente diseñadas, en nuestro caso, el Departamento de Humanidades a través de su curso de Redacción Universitaria, habilita a los estudiantes de la División de Ciencias Sociales y Humanidades en el manejo de la lengua materna, para que puedan enfrentar las exigencias en cuanto a la presentación de trabajos escritos y en el curso de Metodología de la Lectura les proporciona estrategias para acercarse a diversos tipos de textos.

Así la universidad es la institución que se ha preocupado de la enseñanza crítica de la lectura. Recordemos que desde la perspectiva histórico-cultural cada acto de enseñanza supone una reenseñanza, en la medida en que al interiorizar nuevas acciones y nuevos objetos de conocimiento, se produce una reestructuración en las capacidades discursivo-textuales de cada sujeto. Es el proceso que Vygotski denominó como internalización de las formas culturales.¹⁰ Por consiguiente no se trata de enseñar lo no enseñado o no aprendido en los otros niveles de enseñanza previos a la universidad, tampoco se intenta llenar huecos de memoria. Sí se trata de interactuar con personas que ingresan a una nueva institución y que necesitan conocer los géneros

res se sitúan dentro de ciertas posiciones de este espacio social y siguen en el curso de sus vidas, ciertas trayectorias. Tales posiciones y trayectorias están determinadas, en cierta medida, por el volumen y la distribución de ciertos tipos de recursos o capital.

¹⁰ Lev Vygotski *Pensamiento y lenguaje*, Paidós, Barcelona, 2001. p. 202.

textuales que circulan en el ámbito universitario, para usarlos con eficiencia en el desarrollo de la carrera, lo que implica una apropiación instrumental de los mismos.

Lectura de textos especializados es una actividad poco desarrollada en los jóvenes, a pesar de que ellos mismos reconocen sus carencias en comprensión lectora y las implicaciones que tiene dicha falta de competencias en los resultados de su aprendizaje. Esta observación generalizada entre los docentes de distintos niveles de enseñanza, es el reflejo de nuestra realidad nacional, en lo que se refiere a competencia lectora. Los alumnos no llegan a los niveles del lector experto, que basa sus resultados en el uso de la búsqueda de palabras claves en el texto, en la posibilidad de predicción de contenido, a partir de la estructura misma con que son organizados los mensajes verbales y de lo ya conocido sobre el contenido del mensaje.

El desciframiento de los códigos depende en parte de reconocer y compartir valores y sólo se permite el acceso a quienes hayan sido aculturados para compartirlos. Por ejemplo, en medicina es usual escuchar diagnósticos expresados en un lenguaje críptico para los legos. Los códigos tienden a permanecer implícitos, ya que si se hicieran explícitos habría demasiada gente que tendría acceso al capital cultural y éste perdería valor. Por un lado, en la escuela se maneja este lenguaje especializado, ya que eso permite a los profesores ejercer un poder a través de la palabra; por otro, siempre puede haber opciones que permitan a los alumnos acceder a este lenguaje y así reflexionar de manera crítica acerca del mundo. Si esto sucede, aseguraría esa argumentación, serían capaces de intervenir de manera crítica sobre el mundo cuando llegue el momento.

De esta manera, en la realización de la comprensión dialógica formulada por Bajtín se plantea la relación texto-contexto: cada palabra del texto conduce fuera de sus límites. Toda comprensión representa la confrontación de un texto con otros textos.¹¹ El momento valorativo de la comprensión es previo a la racionalización del sentido, que sólo es relativa. El sentido es el contacto entre personas y por lo tanto la lectura es enfocada como una actividad que se realiza a través de acciones y operaciones. Lo activo consiste en que la comprensión es confrontación con otros textos y en un contexto nuevo, es decir el carácter dialógico de la comprensión consiste en la percepción de su dinámica, el propio contexto y el contexto del autor.

En cuanto a la selección que efectúan los profesores de los ciclos anteriores, para las lecturas que les encargan a los alumnos, privan diferentes criterios; entre ellos, están: la disponibilidad real de los textos, las preferencias de los maestros, el desarrollo de los alumnos y sobre todo escoger libros que favorezcan la transmisión de la alta cultura. Esto se explica ya que el profesor está inmerso a su vez en un mundo de contradicciones y luchas, donde al mismo tiempo está coaccionado socialmente por una serie de valores implícitos. Algunos de ellos son: que sus estudiantes se "cultiven", desarrollen su lenguaje, amplíen su experiencia y reflexionen a profundidad.

En la realidad, los alumnos conforme van cambiado de escuela e incluso de maestro, se enfrentan a visiones diferentes de lo que supuestamente obtendrán de los libros. Porque obviamente, la formación e intereses del profesor de primaria difieren del

¹¹ Mihail Bajtín *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI, México, 1992. p. 167.

profesor universitario –extracción social, visión del mundo, experiencias de vida– y esto se refleja en la dificultad que tienen para unificar la semántica del adjetivo que usualmente le añaden al libro que seleccionaron para la clase: “bueno”. Algunos dicen que porque está bien escrito, porque deja alguna enseñanza, porque está consagrado socialmente. Esta disparidad empuja a los alumnos a involucrarse con la lectura por conveniencia (para pasar el examen), o por obligación (lo eligió el profesor), pocas veces convencido de su valor *per se*.

Aquí entraríamos a una reflexión conceptual, en cuanto a la cualificación de la lectura, la cual está vinculada a lo que dicta el canon. Si analizamos que significa este término, nos remontaríamos hasta la que constata el Oxford English Dictionary, que en 1382, define el canon como “conjunto de libros de la Biblia aceptados por la Iglesia Cristiana como genuinos e inspirados” y por analogía “cualquier tipo de libros sagrados”. Así, realizando una extrapolación a lo que el canon dicta como lo que debe ser leído, veríamos que a lo largo de la historia se han identificado una serie de libros como los capitales, para la formación intelectual de un joven universitario.

Sin embargo, una pregunta obligada que viene a la mente es ¿quién define cuál es el canon? ¿Cuáles son los criterios para que un texto entre a formar parte del canon? Si nos detenemos a formular una hipótesis, podríamos decir que el canon está marcado por un grupo reducido de individuos, los cuales tienen un reconocimiento social, que los avala para volver su voz una autoridad en el campo de saber donde tienen prestigio. Esta conformación del canon se ha ido dando a través de nuestra historia cultural, de tal manera que hoy es aceptado, sin ningún cuestionamiento. Por ejem-

plo, hoy en día nadie sería capaz de repudiar la lectura de *El Quijote de la Mancha*, sin exponerse a ser tachado de inculto. La otra variable que determina el canon, es el paso del tiempo; así existen textos que a través de diferentes épocas mantienen un diálogo permanente con los lectores. Esto explica cómo para un ciudadano de una urbe posmoderna, siga siendo atractiva la lectura de *Romeo y Julieta*.

Si reflexionamos hoy, cual es el concepto que la sociedad tiene acerca de la lectura, indudablemente veremos que es considerada fundamentalmente como una puerta de acceso a la construcción del saber, a fin de desafiar el desarrollo de las funciones superiores del pensamiento. Todos estamos de acuerdo que durante el proceso de lectura (entendido como conjunto de acciones sistemáticas) se verifican cambios en el lector y que con semejantes cambios, se hace posible alcanzar un sujeto lector que sea cualitativamente superior como tal. Por tanto, socialmente está reconocida esta actividad como positiva y digna de ser impulsada.

Sin embargo, creemos que no existe un ambiente apropiado para intensificar la actividad lectora en la universidad. Espacios diseñados para motivar la lectura, como es la biblioteca, no presentan un ambiente propiciatorio; algunos estudiantes se quejan de la imposibilidad de ser atrapados por los libros, al pasar una mirada en ellos. Uno de los obstáculos es que los libros están empastados uniformemente, de ahí que el color o diseño de las portadas, que podría ser un elemento seductor, está oculto. El recorrido por los pasillos de la biblioteca, resulta monótono, ya que ningún libro los “jala” de manera especial.

La librería sería otro espacio ideal, para la generación de nuevos lectores, sin em-

bargo se ha convertido en un espacio al cual acceden los estudiantes en busca de un libro determinado que se les ha solicitado en clase; pocas veces entran a ella con la idea de actualizarse con nuevas producciones editoriales o simplemente dejarse seducir por una buena portada, para leer algo que no se les ha impuesto. Todavía a principios del siglo pasado, existía la figura relevante del librero, personaje recordado por muchos escritores; quien se convertía en una especie de guía o iniciador en los deleites de la lectura; conversaba animosamente con aquellos que entraban a la librería, incluso organizaba en ella tertulias literaria, con el fin de que algún novel escritor diera a conocer su obra. Hoy, nuestra librería universitaria sólo cumple la función de surtir de libros a la comunidad.

En la actualidad los alumnos están poco acostumbrados a leer periódicos que es un medio donde podemos encontrar reseñas de libros, en la universidad no existe ningún texto impreso que publique periódicamente reseñas de las últimas investigaciones de los profesores o de estudiosos del área de interés para los estudiantes. A esta ausencia, podríamos añadir que no existe la presión social entre ellos, de estar al tanto del mundo libresco que les rodea; tal vez se vean más obligados socialmente a comentar la última película que se acaba de estrenar en alguna sala, pero rara vez se sentirán impelidos a adquirir una publicación que no sea un best seller, publicitado en los medios.

En la universidad existe la sección de actividades culturales, una de sus funciones es hacerse cargo del libro club; sin embargo este rubro no es significativo, ya que no cuenta con un espacio adecuado (bien iluminado, agradable...) donde los estudiantes puedan leer placenteramente,

además no tienen un acervo seleccionado para invitar a los jóvenes a la lectura, y por último no hay un proyecto organizado para que el libro club se convierta en un verdadero círculo iniciático, esto explica la exigua concurrencia de los universitarios a esta actividad.

En síntesis, la universidad no representa un ámbito que propicie la lectura por placer, ésa que nos empuja a abrir un texto, sin que haya sido marcado como lectura obligada para el curso. El alumno no se tropieza con los libros, ni acude a alguna lectura extraescolar, sólo cuando ocurren incidentes como fue el hecho de que Syd Barret, entonces líder de Pink Floyd, declarara en una entrevista que su obra favorita era *El señor de los anillos*, para que diera inicio a una ola de seguidores del ídolo que deseaban leerla; ante esta popularidad del texto, aún los que no eran admiradores del músico, se vieron inmersos en la dinámica y lo leyeron por no quedarse afuera de los comentarios de los amigos.

Aquí llegamos a un aspecto interesante de la lectura: el comportamiento social de la cuestión. En tal punto nos puede ser útil la propuesta teórica de la llamada estética de la recepción, escuela que ha hurgado en las relaciones entre el lector, la época y el texto haciendo énfasis en dilucidar cómo el primero recibe los textos que le son propuestos. Esta formulación la encontramos en Verdad y método de Hans Georg Gadamer, donde el autor propone el concepto de horizonte: ámbito de visión que abarca y encierra todo lo visible desde un determinado punto. Así el horizonte de expectativas de la obra permite determinar el carácter artístico por medio de la forma y el grado de su efecto en un público específico. La función social se manifiesta en su posibilidad genuina, sólo cuando la expe-

riencia literaria del lector entra en el horizonte de expectativas de su praxis vital, cuando forma parte previamente su concepto del mundo y cuando ello tiene un efecto retroactivo en su comportamiento social. De esta manera el texto no es autosuficiente, el texto es hechura del lector, así el lector es quien manda.

Esto significa que la época en que estamos inmersos y sus condicionamientos socio-culturales incuban el surgimiento de un determinado horizonte de expectativas para los textos que se producen. Lo cual quiere decir que podemos enseñar ésta o aquella forma de comprensión de textos y ser responsables del grado de competencia lectora de nuestros alumnos; pero sí esos textos que deben leer no corresponden a su horizonte de expectativas, no les resultan significativos. Esto explica por qué prefieren la lectura de cómics, revistas de moda, best sellers, que están más próximos a su horizonte, que la internalización de las ideas de Hobbes, Maquiavelo o Platón, aún cuando sean textos consagrados por la cultura.

Siguiendo con la reflexión en torno al componente social de la lectura, ésta puede ser comprendida cuando se le internaliza en un entramado institucional. Así ha habido tres épocas en lo que al poder leer se trata; una primera en la que una determinada clase social defiende su acceso privilegiado al libro; una segunda, donde se da la "democratización", en la cual se generaliza el acceso de todos los individuos del organismo social al consumo de textos; la última sería aquella en la cual determinadas clases defienden y propagan los modelos de competencia lectora que son consideradas legítimas. Así la universidad como institución orienta la relación del lector con el texto, determina el plano de per-

tinencia de la lectura, es decir, la modalidad según la cual el texto debe ser llamado a significar.

Aún cuando el imaginario respectivo a la lectura es positivo, es decir, es un hecho individual y social aceptado. La realidad es que la vocación de lector está dada por múltiples factores que habría que analizar, sin dar por hecho que el libro por sí mismo haga la promoción de esta actividad. Los factores socioeconómicos, familiares, ideológicos y de actitud ante el discurso escrito, la determinan: desde el autor hasta el lector, el circuito del libro se ve atravesado por innumerables aspectos que lo condicionada. Esto explica el porqué en determinada época, la lectura se consideró peligrosa o el acceso a ciertos libros se prohibió.

Por todo lo anterior, a los alumnos se les estigmatiza por no ser buenos lectores, porque no siguen el canon marcado por la institución; aunque ésta presenta una postura ambivalente; ya que por un lado, sanciona cuál es la lectura correcta, pero por el otro, no da los elementos necesarios para formar lectores expertos. Aunado a esto, se estigmatizan las lecturas que los estudiantes realizan, descalificándolas, sin considerar que estas lecturas pueden funcionar como una plataforma, de la cual se podría partir para inducirlos a textos más complejos.

La institución universitaria además de no contar con un proyecto estructurado para la promoción de la lectura, no tiene investigaciones sobre las circunstancias que la desfavorecen. En resumen, existen muchas tareas pendientes: tener claro el tipo de lector que se desea, intensificar las tareas relacionadas con el objetivo de enseñar a comprender textos lingüísticos, ya que esto redundaría en enseñar a pensar; guiar a los alumnos a aplicar los conocimientos metalingüísticos en sus

procesos de comprensión. Así se ayuda a que el alumno descubra la eficacia de seleccionar y adecuar sus estrategias a las diversas tareas y textos que debe enfrentar en su experiencia de aula y a que esté en condiciones de hacerlo reflexivamente. Nuestra aspiración es lograr que los estudiantes sean capaces de programar sus lecturas en función de sus necesidades e intereses, con una tensión balanceada entre motivación y automotivación, es decir deseamos formar lectores emancipados, activos y libres.

BIBLIOGRAFÍA

- ARGÜELLES, Juan Domingo *¿Qué leen los que no leen?, El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer*, Paidós, México, 2003.
- BAJTÍN, Mihail *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1992.
- BOURDIEU, Pierre *Conocimiento y control*, Gedisa, Barcelona, 1973.
- CALVINO, Italo *¿Porqué leer a los clásicos?*, Tusquets, México, 1992.
- CASTRO, Rodolfo *Las otras lecturas*, Paidós, México, 2003.
- CABALLO, Guglielmo y Roger CHARTIER (comp.) *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Madrid, 1998.

- CHARTIER, Roger *Las revoluciones de la cultura escrita*, Gedisa, Barcelona, 2000.
- FEBVRE, Lucien y Henri-Jean Martín *La aparición del libro*, 2^a. ed., Universidad de Guadalajara, México, 2000.
- FERREIRO, Emilia *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*, 2^a. ed., FCE, México, 2002.
- LÓPEZ, Gladis Stella et al. *La lectura y la escritura*, Universidad del Valle, Cali, 1997.
- PARODI, Gilberto *Comprensión y producción de textos académicos: expositivos y comprensivos*, Universidad del Valle, Cali, 1999.
- PERONARD, Manuel *Discurso, cognición y educación*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 2002.
- PETIT, Michéle *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001. (Espacios para la lectura)
- SARLAND, Charles *La lectura en los jóvenes: cultura y respuesta*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003. (Espacios para la lectura)
- VYGOTSKY, Lev *Pensamiento y lenguaje*. Paidós, Barcelona, 2001.
- Idem. Desarrollo de los procesos psicológicos superiores*, Crítica, Barcelona, 1996.
- ZUBIRÍA, Miguel de *Teoría de las seis lecturas*, Fondo de Publicaciones Bernardo Herrera, Bogotá, 1997.